

**Boris Mironov, *The standard of living and revolutions in Russia, 1700-1917*, Routledge, Londres, 2012, 704 pp.**

*The standard of living and revolutions in Russia, 1700-1917* aborda la revisión del paradigma historiográfico ruso mediante el análisis de distintos condicionantes y componentes del nivel de vida de la población. Por la diversidad temática y metodológica contenida en sus diez capítulos y por lo ambicioso de su planteamiento, el trabajo de Boris Mironov no pasará desapercibido en un buen número de áreas específicas del conocimiento histórico. Pero, ante todo, el trabajo es un análisis dinámico del nivel de vida bajo esquemas clásicos de historia económica y con una influencia indiscutible del paradigma de la modernización en toda su línea interpretativa. Así, el autor otorga una importancia central en la evolución del nivel de vida en la Rusia imperial a la implantación de la economía de mercado, la industrialización, el acceso a la propiedad privada de la tierra y la configuración de un sistema político liberal capaz de fomentar la capacidad y la iniciativa individuales. Existe en este sentido una voluntad, acaso obsesiva por momentos, de combatir la «excepcionalidad rusa» dentro del contexto de la historia económica de Europa y, por el contrario, de destacar las similitudes del caso ruso con los procesos de modernización socioeconómica de los países más desarrollados de Europa Occidental. En este y en otros aspectos específicos que se señalarán no pasará desapercibido el paralelismo del trasfondo teórico de la obra con el debate historiográfico sobre el atraso económico y los niveles de vida en la España contemporánea.

Junto a la esencia de la historia económica, el trabajo incorpora contenidos sociales y políticos que el lector no especializado en la historia de Rusia apreciará para contextualizar los resultados de los indicadores utilizados. Estos indicadores, tanto intermedios como de resultado final, incluyen la producción y el consumo (capítulos 7 y 8), testimonios e informes contemporáneos (capítulo 9) o el estatus biológico de la población. En este apartado el autor concede un rol central al indicador antropométrico de la estatura como aproximación al estado nutricional neto (capítulos 2 al 6). La labor que implica adentrarse en estas áreas mediante series temporales entre los siglos XVIII y XX es de por sí digna de mención, aun cuando aquellas sean fragmentarias o su representatividad para el conjunto de Rusia sea discutible en muchos casos. El esfuerzo de comprensión y asimilación por parte del lector es proporcional a la diversidad temática de la obra y por este motivo resulta del todo recomendable la lectura previa del capítulo 10, «The modernization of Russia and the well-being of the

population», que precede las conclusiones. Este destaca por su capacidad de síntesis, así como por los matices que el autor realiza sobre un buen número de sus argumentaciones previas. La principal de ellas, sobre las causas directas de las revoluciones que subvirtieron el régimen zarista en Rusia a principios del siglo xx.

Para Mironov la causa del cambio de régimen en Rusia no fue un atraso o crisis estructural sino el producto final de las tensiones generadas entre las élites del país (la emergente de corte liberal y radical, y la conservadora) durante el proceso de modernización socioeconómica, fundamentalmente durante el siglo xix. De la revisión de las principales magnitudes macroeconómicas, así como de los resultados de las series antropométricas, el autor concluye la falta de base empírica del discurso pesimista sobre la condición de la población (del campesinado ruso en particular) en las décadas precedentes a la revolución. Es decir, los argumentos de atraso, anquilosamiento y crisis estructural del país durante el siglo xix serían un constructo falaz promovido por la *intelligentsia* liberal rusa, en primera instancia, y por la historiografía soviética andando el tiempo. Por el contrario, según Mironov, en Rusia se habría producido un proceso de crecimiento económico y modernización que se tradujo en la mejora de todos los indicadores de nivel de vida analizados. Mejora modesta durante el siglo xviii, más clara durante la primera mitad del siglo xix y sostenida e intensa a partir de la década de 1860 a raíz de las reformas que liquidaron una parte de las estructuras del Antiguo Régimen en Rusia. Lejos de haber ahondado en la desigualdad y haber sumido en la pobreza a amplias capas del campesinado y la clase trabajadora rusos, la liberalización social y económica habría traído beneficios colectivos que para el autor chocan frontalmente con la causalidad clásica utilizada para explicar el proceso revolucionario abierto desde 1905. Mironov plantea que ese proceso tuvo un origen político. En concreto, en la insatisfacción de las nuevas élites occidentalizadas para con el statu quo del zarismo. Esta insatisfacción habría sido exacerbada y transmitida al conjunto de la sociedad en forma de un discurso de atraso productivo y depauperación de las clases populares rusas (capítulo introductorio). Dicho discurso se convirtió a principios del siglo xx en el arma principal del programa reformista liberal encarnado en los debates sobre las necesidades de la agricultura y la evolución de los niveles de vida de las regiones agrícolas de Rusia. En ese contexto la élite liberal habría pergeñado un escenario de ruina y miseria del campesinado ruso que permitió sin razón objetiva que «el genio de la revolución escapara de la botella y ya fuese imposible volverlo a encerrar sin que sus peticiones fueran satisfechas». Las áreas específicas de estudio de los niveles de vida y sus indicadores sirven al autor para apoyar esta hipótesis.

Con respecto al atraso productivo, Mironov descarta que la agricultura rusa estuviera en crisis a partir de nuevas estimaciones de la producción agraria. Es más, en lo sustancial Rusia no se habría apartado del patrón de desarrollo socioeconómico europeo. En este sentido, aunque no comprometido en sentido estricto con los valores de la modernización socioeconómica, el paternalismo intrínseco al zarismo habría favorecido un programa de reforma gradual en favor de la mejora de la eficiencia productiva que redundara en favor del bienestar de la población. Por ejemplo, el autor destaca que el consumo urbano, estudiado a partir de datos de San Petersburgo, reflejaba una dieta adecuada para el conjunto de la población al menos desde mediados

del siglo XIX, lo que vendría a corroborar las observaciones realizadas por algunos coetáneos que calificaron de ventajosa la situación de la clase trabajadora urbana rusa en el contexto europeo. En el medio rural, las despensas no solo habrían estado bien provistas a pesar de las oscilaciones en las cosechas (los informes disponibles en el siglo XIX invitan al autor a pensar que hasta los campesinos más pobres disponían al menos de una vaca, varias ovejas y entre cinco y diez gallinas), sino que la dieta también habría mejorado durante el último cuarto del siglo XIX, precediendo inmediatamente, por tanto, a los procesos revolucionarios. Similares conclusiones se obtienen a partir de la revisión de las estadísticas productivas rusas que indicarían que la demanda interna del país estuvo, por lo general, suficientemente cubierta durante la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, un amplio (y llamativo) repertorio fotográfico sugerirá al lector que hasta en los confinamientos penales de Siberia las clases populares rusas disfrutaron en pleno siglo XIX de buena salud y una fortaleza física más allá de niveles básicos de subsistencia. Puesto que el indicador antropométrico de la estatura desempeña un papel central en la constatación de la hipótesis de Mironov, le dedicaremos algunos comentarios específicos.

Los análisis antropométricos se basan en más de 300.000 estaturas individuales y en casi 12 millones más de datos agregados, con el valor añadido de disponer de la extracción social y de, aunque reducidas, algunas muestras de estaturas femeninas. Algunos problemas técnicos referidos a la heterogeneidad de las muestras (en términos de fuentes, origen y edad de los individuos, representatividad socio-demográfica, tratamiento metodológico, etc.) no pueden ser tratados aquí.

Para el siglo XVIII el autor describe ciclos de estatura que, analizados como tendencia, arrojan un balance negativo: el descenso de la estatura media de la población masculina rusa durante esa centuria se estima en más de 3 cm. En este caso se alude al «necesario coste de la construcción de una gran potencia occidental»: financiación de la guerra, inversión en colonización e infraestructuras de los territorios anexionados y emulación de la nobleza rusa de los lujos del Oeste que se hizo a través del incremento de sus ingresos. Estos pasaban por ampliar las superficies de cultivo, aumentar la producción agrícola en detrimento del ganado doméstico, aumentar los requerimientos de trabajos no remunerados de los siervos, etc.

La mejora en la tendencia a largo plazo observada por el autor durante el siglo XIX se asocia a la reducción de la carga impositiva sobre el campesinado. Este sería en última instancia el factor que determina la capacidad de acceso a productos de primera necesidad fuera de la esfera del autoconsumo doméstico o, alternativamente, la capacidad de retener la producción doméstica en esa esfera en función del volumen de productos que se hubieran de comercializar para atender la carga impositiva. En concreto, del estudio de una muestra de presupuestos familiares, Mironov estima que la carga impositiva sobre el campesinado ruso pasó de representar casi un 40% a menos de un 25% del presupuesto anual del hogar entre 1850 y 1900. En la misma línea argumental, la liberalización del mercado de tierras propició que una mayoría de campesinos pudiera retener o acceder a cantidades suficientes de tierra para mantener niveles adecuados de subsistencia. De este modo, todo el proceso de liberalización socioeconómica que tuvo lugar gradualmente durante el siglo XIX y se prolongó con las refor-

mas stolypinianas de principios del xx, habría configurado una sociedad campesina del tipo chayanoviano y en ningún caso una de pobres y proletarios agrícolas, de todo lo cual daría testimonio el incremento de la estatura durante esa centuria. No obstante, entre 1800 y 1917 el balance que puede hacerse de las series de estatura basadas en datos no truncados es más matizado y no estrictamente acorde con esta lectura secular optimista presentada por el autor.

La estatura media de la población masculina rusa se estancó o progresó cíclicamente de manera muy moderada para las cohortes nacidas entre 1800 y 1865, lo cual es coherente con resultados previos que la historia económica rusa ha obtenido sobre la producción de grano y otras subsistencias en ese periodo: progreso muy moderado o incluso retroceso productivo (trabajos discutidos y citados por el propio autor en la obra). El lector puede relacionar estas evidencias antropométricas con las del capítulo 7 sobre consumo de alimentos, y en particular con los resultados del Índice de Masa Corporal para el que no hay mejoras estadísticamente significativas hasta la última década del siglo XIX. Es más, la serie de estatura masculina por cohortes decenales que suaviza las variaciones cíclicas muestra que a principios del siglo XIX se alcanzaba casi el 1,65 m, y este registro no se superó hasta las cohortes nacidas en 1881. Entonces se detecta una tendencia de mejora no exenta de retrocesos cíclicos importantes, sobre todo teniendo en cuenta la agregación de cohortes utilizada en el análisis.

Indiscutiblemente, las reformas liberales de la década de 1860 que abolieron la servidumbre y consolidaron la economía de mercado coincidieron con el inicio de la mejora sostenida de la tendencia generacional de estatura, pero las series antropométricas rusas podrían ser las de otras regiones europeas donde tanto la situación de partida como las reformas liberales siguieron otros ritmos y pautas. Así, como en cualquier otro diseño ecológico de investigación, podría argüirse que otras explicaciones serían plausibles o al menos complementarias a las sugeridas por el autor, lo cual es particularmente importante para el asunto que lo ocupa (nada menos que la revisión de un paradigma historiográfico).

Hay en definitiva un interés consustancial a la magnitud del trabajo y particularmente a la integración de áreas específicas de análisis del nivel de vida de la población. Esto no debe impedir reconocer la dificultad de encaje de estas áreas en favor del paradigma de la modernización en Rusia. Más aún, la sustitución del paradigma del atraso y la excepcionalidad rusa por el paradigma de la modernización no parecen la única y más adecuada manera de enriquecer el debate sobre las causas de las revoluciones contemporáneas en ese país. En este sentido, probablemente en el fragor del debate, el autor haya incurrido en alguno de los excesos que denuncia de partida. Así (capítulo 10), al sugerir que un poco más de flexibilidad y mano izquierda por parte del zarismo hubieran sido suficientes para llevar a Rusia por los cauces de una monarquía constitucional que consolidara el Estado del Bienestar e, irrenunciablemente, una economía moderna y de mercado. En lugar de eso, los obreros rusos se echaron en brazos del socialismo, «la anarquía, el desorden revolucionarios» y, finalmente, la dictadura.

ANTONIO D. CÁMARA  
Centre d'Estudis Demogràfics